

Peripecias de una embajada teatral renteriana en Goyerri

—¿Ya habéis traído el bozal?..

—¡Yo no tengo sombrero!..

El último ensayo se llevó a cabo, como siempre en casos análogos, sin orden ni concierto, interrumpiendo los diálogos a cada momento, a causa del nerviosismo que siempre se apodera de los actores en vísperas de una representación teatral. Porque, sí, señores; vamos a actuar fuera del pueblo y éso... hace muy interesante a un Cuadro y excita los nervios, ¿verdad, usted? ¡Ahí es nada! ¡Llevar a otro pueblo la representación artística de Rentería!..

Después de mucho hablar y de dar cada uno diez opiniones diferentes por lo menos, optamos, todos a una, por irnos a comer. He de decir que el ensayo se celebraba al mediodía. Quedamos citados los componentes del Cuadro a las dos y media en la Estación.

El tiempo nos acompaña. La "gente" va llegando, poco a poco, y cinco minutos antes de la llegada del tren, nos encontramos todos en el andén, dispuestos a hacer una excursión, si no a provincias, como los buenos, sí a "pueblos" como los baratos.

Reina buen humor y sana alegría en la "troupe". Una señora de cara de bruja que se encuentra junto a nosotros, al vernos, cargados con tanta maleta, dice al factor, con aire de misterio:

—Estos son "estraperlistas".

Llega el tren, y la "tercerola" nos acoge con dureza de corazón, un corazón casi tan duro como la piedra, aunque es de madera. Expliquemos: el corazón de un coche de ferrocarril es el asiento. Pero al poco tiempo de soportarnos se le ablanda la víscera, esa "víscera cardíaca" tan "manoseada" por los poetas y los carniceros y, de resultas de este reblandecimiento, se nos pegan los pantalones a los asientos. Y menos mal que la "sangre" del corazón del coche no mancha; que si no, en vez de "estraperlistas", hubiésemos parecido una manada de cebras...

Una vez acomodados, surge lo que es de cajón: los cánticos. Rompe la marcha Serafina, que, con gran

sentido de la canción y voz deliciosa, nos dice que tiene un novio torero. Y añade que es porque le da la gana. Como hallamos esto muy natural, aplaudimos el noviazgo y la felicitamos efusivamente. A continuación, es el amigo Jorge quien nos da una originalísima versión de la gastronómica canción "Cordeiro con patatas". Por oír esta canción, a Pepa se le revuelve la comida. Llevamos "devorados" unos cuantos kilómetros y lo que había empezado con "solos" termina en coro. A petición de algunos viajeros, Serafinita vuelve a recordarnos a su tauromáquico prometido, y las carcajadas contagian hasta al revisor,

que es un tío más feo que Pachi Bilbao. Un benedictino que viaja cerca de nosotros hace cosas difícilísimas con la cara para no reírse. Parece que al hombre le hemos "caído en gracia" y, galantemente, nos facilita el parte meteorológico del pueblo en que vamos a actuar: nieve por todas partes y frío, naturalmente. Tememos por lo de la nieve; porque con la nieve se pueden hacer bolitas y con las

bolitas puede bombardearse a unos cómicos de medio pelo...

Ya llegamos a Ormaiztegui; al pasar por su famoso puente todas las ventanillas del coche son pocas para hacer de miradores sobre el abismo.

—¡Si ahora se cayese el puente!.. —Dice una señorita del elenco.

—... no apuntaba yo en el pueblo de la nieve—responde el "soplón".

Falta poco para llegar al punto de destino. Empiezan a descender maletas de las redes entre bosque de brazos del gallinero alborotado; y el tren, disminuyendo lentamente la marcha, para. Según "La Codorniz", todos los trenes bien educados paran de esta forma.

Las señoritas se acicalan con mucha coquetería por si las moscas... A lo mejor espera nuestra llegada una legión de fotógrafos... o a lo mejor hay chicos majos en aquel pueblo. Pero ¡ca! Ni los unos ni los otros: un mozo de estación con cara de vinagre y una



Componentes del Cuadro Artístico cuya excursión a Goyerri se refiere en el presente trabajo.

cantinerera metida en un chámizo en compañía de cuatro plátanos verdes son, por lo visto, los encargados de recibirnos. A nosotros y a todo el que llegue a aquella estación.

Y ya nos encontramos casi en la meta. Empieza el desfile hacia el pueblo. Un crío que merodea por aquellos barrios, da la voz de alarma:

—¡¡¡ Amá, ya vienen los del circo!!!

Al “pistolero” del Cuadro le da mucha rabia lo del circo y, si no le contenemos, vacía todas las “balas” del peine en el cuerpo del pequeño voceras.

Un poco antes de llegar al “coliseo”, vemos un cartelón anunciando la obra que hemos de representar y en el que campea, con unas letras terribles por lo grandes, el nombre de nuestro pueblo. A la vista del cartel, lanzamos unas risitas de rata asustada y seguimos adelante.

El salón, que resulta ser un cajón de huevos mal hecho, está repleto de críos y crías que presencian, completamente, emocionados, las luchas entre el “bueno” y el “malo” y el “regular”, junto con el padre de la chica, que no puede faltar en estos líos. La película es muda y el armar barullo libre. Nosotros nos quedamos sin saber por donde tirar; pero, al poco, un alma caritativa nos saca del apuro. El salón está a oscuras, naturalmente, y no podemos avanzar sin correr el riesgo de aplastar a media docena de críos. Pero esto, para nuestro acompañante, es obstáculo fácil de salvar: pega dos silbidos y tres gritos al operador y la luz se hace en la sala.

Desaparecen de la pantalla los contemporáneos de Tomásín y Charlot y, alegremente, ante las caras de sorpresa de los “chaveas”, que no comprenden a qué se debe aquel asalto, nuestro guía, como quien no hace nada, levanta el blanco lienzo que hace de pantalla y pasamos todos bajo él, riéndonos de gana.

Ya nos encontramos en la que va a ser nuestra “casa” por un par de horas. Es un escenario pequeño, casi de guiñol, pero muy bien montado. Nos va a ser un poco difícil revolvernos en tan poco espacio. Arreglamos los muebles a nuestro gusto y acto seguido, pasamos al vestuario. A los vestuarios, me refiero. Las señoritas dispondrán de un “camerino” colectivo instalado en la bodega, debajo del escenario una “bodega-frigorífico” por obra y gracia del frescotentecillo que viene de la calle a través de una ventana sin cristales y con unos hermosos barrotes, propios de cualquier celda de Ondarreta. Los hombres nos mudaremos de ropa entre bastidores. Todos pensamos igual: las vamos a pasar negras o por lo menos moradas, ya que el espacio entre las paredes de “mentira” y las de “verdad” apenas es de un metro. Me parece que hubo quien se tuvo que cambiar de camisa manteniéndose “arre-concón” sobre su compañero. ¡Bah! Gages del oficio..., como diría el otro...

Como falta aún bastante para la representación, cada uno tira por su lado. Unos se largan a visitar a unos parientes; los otros llevan idea de aterrizar en alguna “estación de engrase” y algunos despistados optamos por quedarnos en la sala con la idea de reir-

Pedro Mendizábal

Contratista de Obras



Miguel de Alduncin - Casa Eri-Gain
TELEFONO 61-86

RENTERIA
(Guipúzcoa)

nos un rato. ¡Y en verdad que nos réimos! Un oso, más inofensivo que un merengue, era el protagonista de la película. ¡La de "osadas" que hizo!... Si se hubiese tratado de un oso verdadero, bien está que las hiciera; pero ¡caray!, aquel tío que se movía dentro de la piel, ¡era pero que muy tonto!.. Hasta los críos lo conocieron. Había veces que el oso era una cosa rara: de cabeza a cintura era un auténtico oso, —quería serlo, por lo menos— y de cintura para abajo lucía unas bonitas piernas enfundadas en costosas medias de seda natural. Parecerá raro pero era así. Resultaba que la pantalla era un poco chica, y si por el otro lado, en el escenario, se encontraba alguna actriz de nuestro Cuadro, aparecía ante la vista del público el oso —o la osa— luciendo, muy orgullosa, unas magníficas medias de seda, que, ¡caracoles!, para una osa y por añadidura tonta... ¡ya está bien!

A las seis y media en punto se levanta el telón y comienza la representación. Poca gente en la sala, lo cual no deja de extrañarnos, pues nos dijeron en el pueblo que había mucha expectación por vernos actuar. Pero pronto salimos de nuestra extrañeza. A poco de comenzado el primer acto, se organiza un alboroto terrible: es la gente que llega al teatro una vez terminadas las vísperas. Después de un rato, se hace el silencio en la sala, llena ya hasta los topes, y continúa sin novedad la representación hasta el fin del acto. Parece que hemos caído en gracia pues nos premian con muchos "chalos". Sin novedad, y con mayor éxito aún, se desarrolla el segundo acto.

En el entreacto nos obsequian con comestibles y bebestibles, y... nos disponemos a "fidiar" el tercer toro. Hay que darse prisa porque son las nueve menos cuarto y media hora más tarde sale el tren. Cuando el telefonero se dispone a actuar, ¡plaf!... ¡se nos va la luz! En un principio no damos importancia al apagón, pero como el tiempo pasa y el tren no espera, empezamos a estar nerviosillos. Uno del cuadro pregunta:

—¡Tardará mucho en volver la luz?

—¡Vaya usted a saber!; —responde uno de "casa"— la última vez tardó siete días. La sequía..

—¡La sequía?... ¡Y eso que estamos en el país de la lluvia! Sin embargo en la último "tourné" por Andalucía no nos pasó otro tanto—contesta, muy digno, Jorge.

A duras penas contenemos la risa, mientras el "erriko-seme" abre unos ojos como un par de huevos.

No hay más remedio que continuar la representación, sea como sea. Por fin, damos con la solución: como estamos cerca de la iglesia, candelabros no nos faltarán v... ¡adelante!... con cuatro artefactos de esos en el escenario continúa la función. A los pocos minutos vuelve la luz —¡bienvenida sea!— y se levantan

los ánimos. Pero ¡ay!, son las nueve y cinco y aún falta bastante... y la estación "cae" muy lejos del teatro.

Todos los actores que ya no tienen que intervenir en escena —¡medida heroica!— van desfilando hacia la estación. ¡Vaya desfile! Aquello parece el campeonato guipuzcoano de "cross" de entrambos sexos. A una se le cae la bufanda, al otro la estilográfica, a un tercero la petaca... A aquella carrera se le podía titular "Riñón-cross".

Uno de los actores del Cuadro que representaba un personaje de bastantes años, —para lo cual le empolvaban la cabeza e hicieronle las arrugas de la cara con corcho quemado— no tuvo tiempo de lavarse la cara y cepillarse el pelo y... ¡bueno! ¡para qué más?.. El pobre "viejo" fué el blanco de todas las miradas y objeto de alentadores gritos de ánimo ante el tren que se escapaba.

—¡Arrea, viejo, que es tuyo!..

—¡Pobre!..

Había quien opinaba que la maleta que llevaba no le servía más que de estorbo e intentaban aligerarle diciendo:

—¡Hombre de Dios, tire usted esa maleta vieja!..

Todavía se comenta en aquel pueblo, con extrañeza, la magnífica carrera que un viejo de unos sesenta años realizó —cargado con una maleta y con calcetines blancos—, en el travecto entre el "Salón-Teatro" y la estación. Hasta piensan contratarle para fiestas para que sirva de "atracción extraordinaria". Porque lo que dicen ellos. "Con un pie en la sepultura y aquella "mecha"... pocas veces se ve"...

Por fin, todos reunidos en la estación. Una fuente que había por allí nos sirvió para recobrar cada uno su personalidad y refrescarnos un poquito. El tren llegó con retraso y, gracias a eso, pudimos pescarlo. Los "empresarios" del teatro son portadores de buenas noticias: el público ha quedado satisfecho de nuestra actuación. Desde luego, algo de eso suponíamos nosotros, porque las bolas de nieve que temíamos ver en el escenario, o en nuestras cabezas brillaron por su ausencia. Y no podía ser de otra manera. En aquel pueblo había menos nieve que en un horno encendido. El beneditino se coló.

El viaje de regreso transcurrió como a la ida, con un humor excelente y contando cada uno su pequeña peripecia, entre risas y chistes que divertían al mismo tiempo a los que viajaban cercanos a nosotros..

Llegamos al "choco" a las once y media de la noche, después de haber pasado un día que, los que formamos parte de aquella "embajada artística renteriana" en Goverri, difícilmente olvidaremos.

BENIGNO BUENO BONILLA.

Postelería-Repostería "La Perla" BABIL VELA

P.^a de los Fueros, 2 - RENTERIA